

DOMINGO DE PASCUA – MISA DEL DÍA

Homilía del P. Abad Josep M. Soler

31 de marzo de 2013

Hch 10, 34.37-43; Col 3, 1-4; Jn 20, 1-9

"Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos. Por el madero ha venido la alegría al mundo entero". Con este canto que la liturgia romana toma de la liturgia bizantina, el Viernes Santo proclamábamos ya ante la cruz nuestra fe en la resurrección de Jesús. Sí, queridos hermanos y hermanas, por el árbol de la cruz de Jesús "ha venido la alegría al mundo entero". Porque ha sido el trofeo con el cual Jesucristo ha salido vencedor del pecado y de la muerte, por eso el sepulcro está vacío. La muerte no ha podido engullir a Jesús en sus pozas oscuras. Es cierto que, después de su resurrección, sigue habiendo mal y muerte en el mundo. Pero él, con su cruz, ha secado la fuente; el mal y la muerte todavía se cuelan y se colarán hasta el fin de los tiempos, sin embargo, han sido desactivados en su origen y al final del tiempo impondrá la vida nueva y llena de Jesucristo. La realidad última que nos espera no es, pues, el dolor, el mal o la muerte, sino la plenitud de la vida en Dios, asociados al triunfo pascual de Cristo.

Si el Viernes Santo ya anunciaba el gozo de la resurrección, esta mañana de Pascua la Iglesia exulta. Los cristianos no cesamos de maravillarnos por el anuncio gozoso que año tras año va resonando de un extremo a otro de la tierra: ¡Jesucristo vive! Tras sufrir la pasión, haberse entregado a la muerte en cruz y haber entrado en el sepulcro en solidaridad con todas las muertes humanas, ha vuelto a la vida. No a una vida como la de antes, en la que compartió nuestra fragilidad y nuestra realidad de hombres y mujeres abocados a la muerte. Ha entrado en una vida nueva, que ya no tendrá nunca más fin porque es la vida eterna de Dios. Y así como antes compartió nuestra realidad débil y mortal, ahora ya a través de los sacramentos nos hace compartir espiritualmente su vida pascual. Porque la Pascua no es sólo una realidad que afecta a la persona de Jesús, es, también, una realidad que transforma la existencia de los que creemos en él. Por eso la alegría que transpira toda la liturgia y que habita en el corazón de los cristianos, no es únicamente por la resurrección de Jesucristo sino también porque su resurrección transforma nuestra vida.

Con su misterio pascual, del que participamos desde el bautismo, Jesucristo nos ofrece el perdón y la participación en su amistad, nos ofrece entrar en una relación personal y confiada con él porque a través de él tengamos acceso al Padre. Él da sentido a nuestra existencia y con su palabra y sus sacramentos nos ofrece los elementos necesarios para avanzar en todas las circunstancias, nos ofrece la fuerza para volver a empezar cada día. Tenemos ya en nosotros, como decía san Pablo en la segunda lectura, la *vida* nueva de Jesucristo, *escondida*, pero bien real, y al término de nuestra existencia esta *vida* llegará a su plenitud.

Por ello, la solemnidad de Pascua nos pide ser hombres y mujeres alegres y esperanzados, con una alegría y una esperanza que hablen a nuestros contemporáneos. La alegría y la esperanza son dos realidades que los cristianos hemos de testimoniar en nuestro mundo. El Papa Francisco nos lo ha dicho ya varias veces en estos quince días que lleva sirviendo en el ministerio de sucesor de Pedro. Los cristianos no podemos ser hombres y mujeres tristes. Ni deberíamos dejarnos llevar nunca por el desaliento. Evidentemente, se trata de una alegría y de una esperanza que no provienen de nosotros mismos, ni de nuestros valores personales, porque sería una base muy débil, sino de la alegría de haber encontrado a Jesucristo y

de habernos puesto en sus manos de salvador, de vencedor del mal, del pecado y de la muerte.

Efectivamente, la alegría que viene de Jesucristo arraiga en la convicción de que él nos ama y nos salva, que acepta nuestra realidad personal y la quiere perfeccionar, que en él encontramos el perdón y la capacidad de volver a empezar tantas veces como sea necesario. La alegría cristiana viene de saber que no estamos solos porque Jesucristo camina siempre con nosotros, y nos lleva, con toda nuestra carga, a sus espaldas de Buen Pastor, para que nuestra existencia llegue a buen término, aunque nos toque pasar como él por un camino de cruz.

Y esta certeza, garantizada por la resurrección de Jesucristo, nos debe hacer firmes en la esperanza. Una esperanza interior que nutre nuestra vida, incluso en los momentos difíciles, porque sabemos que son participación en la vida de Cristo y colaboran en el establecimiento de su Reinado de amor en el mundo. Esta esperanza, apoyada en el testimonio de los discípulos de Jesús que vieron y creyeron (cf. Jn 20, 8), se abre a la vida futura de la eternidad. Ante tantas dificultades y problemas como hay, debemos ser testigos de esperanza; de aquella que viene de Jesucristo y que se traduce en un trabajo para hacer un mundo mejor, sabiendo que el Espíritu del Resucitado coopera con nosotros.

Por eso la esperanza cristiana es inseparable del compromiso a favor de mejorar nuestro mundo. Hoy, concretamente, tenemos presentes a nuestros hermanos en la fe que viven en la Tierra Santa, que fue -en palabras de Benedicto XVI- "la cuna de la revelación divina y de la historia de salvación" (cf. *Ecclesia in Medio Oriente*). Por ello, tal como hemos hecho en la Noche Santa, al final de esta celebración os ofreceremos la posibilidad de hacer una aportación en bien de las actividades que la Iglesia desarrolla en los territorios de Oriente Medio, llenos de dificultades y de sufrimiento.

La alegría y la esperanza, que brotan de la Pascua de Jesucristo, se nutren con la Eucaristía. El sacramento que nos hace presente al Resucitado y que nos hace vigorosos en el camino cristiano. Ahora en esta celebración, cuatro Escolanes harán la primera comunión. Para Tomàs, Francesc, Pau y Ot es una celebración del todo particular; desde el bautismo han aprendido a conocer a Jesús y a establecer con él una relación de amigo a amigo. Y, en esta relación ahora dan un paso más, el de recibir su presencia en el Pan y el Vino de la Eucaristía. Ellos le abren el corazón y lo reciben en su interior. Pero aún es más maravilloso pensar que es Jesús, que les llevó ya en su corazón cuando estaba en la cruz, el que quiere darse a ellos para continuar de una manera más intensa su relación de amistad con ellos.

Todos los bautizados, nutridos -como he dicho- por la Eucaristía, tenemos que convertirnos en un signo vivo de la presencia de Jesucristo resucitado en el mundo. Debemos hacerlo a través de transparentar la alegría y la esperanza en nuestra vida. Y, también, compartiéndolas de una manera fraterna con quienes comparten la misma fe para ponerlas al servicio de todos. Así, adorando la Cruz de Jesucristo, y alabando y glorificando su santa resurrección, testimoniaremos de manera creíble que por el árbol de la cruz "ha venido la alegría al mundo entero".